CAPÍTULO XIII.

El Canónigo jalisciense de la Colegiata, Don José María González.—Su grande obra "Santa María de Guadalupe."—Pasajes excelentes de su libro.—El testimonio humano.—Su certidumbre respecto á la Guadalupana.—Dos admirables observaciones suyas.—Dato nuevo de González.—El historiador americano Brancroft.—El argumento de la extrañeza de la Pintura.—Otro nuevo é insigne dato.—El milagro de Sor Jacinta.—Dictámen de los Doctores Carmona, Liceaga, etc.—Otro importantísimo.—El proceso contra Bustamante.—Comentario acertadísimo de nuestro apologista.—Varias excelentes muestras.—Id. del silencio de Zumárraga y Montúfar.—Nuevo dato.—Suárez de Peralta.—Comentario magistral sobre el indio Marcos.

CAPÍTULO especial merecía en la tarea tan grata y humildemente audaz que nos hemos arrogado, examinar lo que se debe al libro del Sr. Canónigo Don José Mª Antonino González, á quien, ya finado que es, la Reina tenga en el Reino de su Hijo Santísimo.

Ese libro del Sr. González es también un trabajo de gran mérito, al que se deben datos nuevos de mucho valor. Escrito en la época en que ya se habían publicado la gran obra del Sr. Icazbalceta «Don Juan de Zumárraga» y «la Virgen del Tepeyac» del Padre Antícoli, que fué quien inauguró las nuevas apologías, que examinando estamos, de esta dichosa última veintena, aportó al terreno de nuestra santa causa nuevos datos y argumentos, en una forma de gran persuación y magistral estilo, es decir, de ingeniosa y laudable condescendencia con el gusto popular de la época en lo puramente literario.

Nuestro apologista, exhibiendo en esa forma las pruebas de sus antecesores, las domina con un golpe de vista de tal suerte poderoso, como el que resulta de

entender con exactitud, á la vez que de imaginar con galanura, la procedencia de los hechos históricos que son la materia de la tradición; á una gran inteligencia hase unido una imaginación lucidísima y vigorosa en ese trabajo de «Santa María de Guadalupe.» Véamos de ello una muestra. (Pág. 130.)

«Todo el mundo confiesa que la certidumbre moral dimanada del testimonio humano, es una de las bases de la sociedad; y verdaderamente invocar las tradiciones, es invocar el testimonio humano. En efecto, cuando un hecho sensible es invocado unánimemente por una multitud de testigos, que por lo mismo de ser una muchedumbre no pudieran obrar por colusión y fraude; que á mayor abundamiento varían en edad y caracteres; cuyos intereses, pasiones y preocupaciones, no siendo los mismos, hacen que muchas veces tengan opiniones, voluntades y resoluciones encontradas, que son de diferentes países y razas, pertenecen á distintas clases de la sociedad, han abrazado en ella diversas carreras y hasta hablan varios idiomas; agregándose á esto, que de la gran multitud se puede sacar otra multitud de hombres caracterizados, que deben saber y saben no serles lícito fingir y disfrazar un hecho, ni podrían hacerlo sin exponerse á ser contradichos, castigados y cubiertos de oprobio, es imposible que ese testimonio universal, compuesto de tantos testimonios tan unísonos en un solo punto cuanto discordantes en muchísimos otros, esté sujeto á error» . . . . . «Ahora bien—concluye nuestro insigne jaliciense—entre todas las tradiciones de México, ninguna hay más antigua y respetable que la concerniente «á la Aparición y milagrosa pintura de Nuestra Señora de Guadalupe.»

Desarrollando la aplicación de esos grandes principios generales al hecho de la tradición Guadalupana el Sr. González, con su gran talento, hace esta observación, nueva á lo menos en su enérgica forma, de prodigioso alcance en favor de la verdad de esa Aparición.

Es un hecho, dice, que el tercer Arzobispo, *en tiempos en que había gran necesidad de ministros,* «por cuyo motivo *muchas ánimas perecen*» . . . . . puso dos clérigos en la ermita del Tepeyac, quería poner otro y aun erigirla en parroquia, sin embargo de lo despoblado y alejado del sitio, *sin embargo de que con traer á Tlaltelolco la Imagen Guadalupana, todo se conciliaba.* No llevó la Imagen á Tlaltelolco ó á México; luego había una gran razón para no conciliar así las necesidades . . . . . «pues si no se hubiera atendido á que la Santísima Virgen al aparecer y dejarnos su prodigiosa Imagen, había designado el lugar en que quería recibir culto, trasladar la Santa Imagen á la iglesia de Tlaltelolco, habría sido lo más expeditivo, y á allí se habría encaminado la afluencia de peregrinos sin necesidad de otros sacerdotes que los conventuales.» (Párrafo 192.)

Véase esta otra muestra de la forma nueva de decir, con que el crecimiento de esplendor en los sucesivos templos del Tepeyac, reforzando la tradición Guadalupana, se explica á su vez con lo verosímil de que la conversión de la raza india y la creación de la nacionalidad mexicana, se debiesen á un gran milagro tan admirable como es el del Tepeyac.

«Las injusticias, violencias y crueldades de los hombres de armas, y de los que en pos de ellos vinieron en busca de oro, como van las fieras y aves carnívoras en pos de las matanzas, empezaron á hacer que los de la raza vencida temiesen á todos los de la raza vencedora, y desconfiasen de sus palabras, y huyesen de su presencia: entonces, Dios, rico en bondades, que escogió á Jesucristo y por Jesucristo á su Madre María para la redención del linaje humano, adecuando un medio elegido por su gracia en sus inescrutables designios, mandó á María que apareciese á los mexicanos, á fin de que éstos no dudasen ya así, de la verdad y bondad de la doctrina que los misioneros cristianos traían. Fué el

escogido de Dios un indio plebeyo y pobre, cándido y honesto, humilde y piadoso, llamado Juan Diego, recien convertido al Cristianismo, y la ocasión escogida por Dios, la de dirigirse el neófito á un templo á fin de cumplir con los deberes de su religión. (Párrafos 206-207.)

Pero veamos los hechos nuevos que nos aporta el hermoso trabajo de nuestro jalisciense.

A nuestro apologista se debe el dato de que un sabio norteamericano Brancroft en su obra publicada en San Francisco California, «*The Works of Hubert Howe Brancroft*» hizo honorífico mérito de la insigne Aparición. (Tom. 20, Cap. XX, pág. 410. San Fran. Cal. 1883.) «En el año 1531, tuvo lugar un acontecimiento que contribuyó en gran manera á la extinción de la idolatría, y fué la maravillosa Aparición de la Virgen de Guadalupe, cuya historia es como sigue:» . . . . Dice después nuestro apologista, refiriéndose al autor norteamericano: «Copia el autor (Brancroft) la mencionada historia tomada de los numerosos apologistas, sin mencionar los pocos contradictores, cuyos escritos conocía, según lo manifiesta el catálogo de documentos de que da noticia en su referida historia de México.»

Nuestro González, de sumo alcance en su talento práctico y vivísimo, ved cómo reduce á términos concretos eso de la conservación de la celeste Pintura, y de haberse hecho sin *aparejo:* «La ciencia y el arte, de consuno deciden que la conservación de la Pintura es contraria á leyes de la naturaleza, como se percibe atendiendo á la debilidad del lienzo, tejido de fibra de hoja de palma, y cosidas sus dos partes con un delgado hilo de algodón, y á la extraña manera de pintar, sin la preparación de la tela por medio del aceite, albayalde y demás sustancias que se deben usar (técnicamente *aparejo*), no sólo para presentar al pincel una superficie tersa, sino para preservar el cuadro y los colores de la destructora acción de la luz, de la humedad y de la polilla.» (Párrafo 296.)

Mérito exclusivo también de nuestro apologista es el habernos dado á conocer y, no menos, el haber sujetado al dictámen de un médico tan competente y afamado, que goza de vida y es conocido de la gran sociedad de la Capital México, como es el Sr. Dr. Carmona y Valle, el gran milagro obrado en Puebla el 12 de Diciembre de 1755 en la Religiosa Nicolasa María Jacinta.

Proceso en forma ante el Sr. Obispo de Puebla se siguió hasta su conclusión para autenticar el milagro, declarando, en aquél, nueve testigos del hecho, tres facultativos, testigos, que asistieron á la enferma, lo mismo que cuatro sacerdotes. Item: tres teólogos consultores y un promotor fiscal. Quedó así jurídicamente probado que la curación de «la gravísima enfermedad de Sor Jacinta, que subsistió en toda su fuerza hasta el instante matemático en que comenzó una salud y vigor que no se fueron adquiriendo por grados, y sí sólo á favor de la invocación á la vista de una imagen de la Guadalupana aplicada á la enferma, era un verdadero milagro.»

La enfermedad no sólo consistía en una úlcera ó cáncer perforante, como la ha calificado el Dr. Carmona y los Dres. Lavista y Licéaga, eminencias médicas de actualidad, sino en el estado de sumo aniquilamiento de fuerzas, después de hemorragias, vómitos de sangre y demás efectos de males de ese género; y de que la enferma llegó á tal punto, que *agonizó toda la noche* del 11 al 12 de Diciembre. «En la mañana del día 12 abrió los ojos y pareció darse cuenta de lo que pasaba, y he aquí que después de mediodía se levantó violentamente y aseguró á las personas que la rodeaban, que se sentía perfectamente sana.» La que no podía ejecutar movimiento ni aun cambio de postura, se vistió por sus manos prontamente y se puso en disposición de ir al coro á dar gracias á Dios.

Este es el resumen del milagro y del proceso que fué fallado por el Obispo de Puebla, que se conserva

original en su secretaría, del cual se sacó la copia autorizada que tuvo á la vista el Sr. González, en 96 fojas.

¡No parece sino que este y el otro grande milagro de San Nicolás *in carcere,* obrados uno hacía 80 y el otro hacía 130 años, los tenía la Providencia en reserva para servir tan oportunamente á renovar la canonización de la prodigiosa Pintura y de la Aparición del Tepeyac, ahora que México contempla augustiado la renovación de un dominio peor que el de Huitzilopochtli! Y así diremos con el insigne González: «que no se comprende como hay, no digamos ya católicos, sino quienes crean en Dios, que sin cometer la absurda inconsecuencia de limitar su infinito poder, y á la vista de un milagro no se rindan confesando la verdad del hecho, con el milagro confirmado.» (Párrafo 372.)

Al Sr. González tocó inaugurar la noticia de otro gran descubrimiento de documento guadalupano, de que hemos hecho mérito al principio y en la continuación de este trabajo: la noticia del proceso que 25 años después de la Aparición, se formó al rebelde P. Bustamante. Así lo reconoce el Ilmo. Sr. Vera en el número XII del «Tesoro,» tomo I.

Cuando hemos visto ya tratado *in extenso* y como único asunto del gran libro del Sr. Vera, esto del P. Bustamante, gusto nos causa reconocer el acierto con que el potente y vivísimo talento de nuestro González, él, primero que todos, supo comprender lo que ese proceso valía en pro de la causa Guadalupana. Para muestra de ese gran acierto vamos á transcribir un breve párrafo (el 486) en que se demuestra el triunfal servicio de ese documento á la causa Guadalupana. Dice así el Sr. González:

«A pesar de que hemos hecho ver cuán desautorizada fué la palabra del enemigo del culto de Nuestra Señora de Guadalupe, entremos en apreciaciones de otras de sus desatentadas frases. Ya dice, que un indio, el indio Marcos (el desprecio de los encomenderos á los indios)

pintó la sagrada imagen; ya, que la devoción no tenía fundamento; ya, que se debía averiguar el fundamento de tal devoción; ya, que Dios no obraba milagros por la devoción de Nuestra Señora de Guadalupe; y ya, que antes de predicarlos se habían de certificar esos milagros, al contrario de lo que el Arzobispo hacía. ¿Qué se saca en limpio de toda esta gerigonza? Que bien sabía Bustamante que el fundamento del culto, era la tradición (Nosotros diríamos: más que la *tradición,* el testimonio público *contemporáneo,* pues apenas se contaban 24 años después de 1531) sobre la aparición y milagrosa Pintura de la Santa Efigie, *pues si no hubiera sido esto lo que quería contrariar, á nada venía que dijese que la Pintura había salido de las manos de un indio. ¿O habría dicho otra cosa si le hubiera ocurrido atribuir la obra al pincel de un europeo?*

No á todos ha sido dado el comprender en su principio el gran servicio que á la causa guadalupana prestaba el proceso Bustamante; bien lejos de eso, testigos presenciales hemos sido del desfavorable efecto que produjo la noticia de su contenido en algunos amigos nuestros, tan fervientes como pusilánimes guadalupanos. Este Sargento nunca tuvo miedo de esa objeción, que siempre, ó presintió ó entendió, había de ser contraproducente á los anti-guadalupanos, y felicísima para nosotros. Al Sr. González tocó el primero hacer notorio con su talento vivísimo eso que entendíamos y esperábamos.

A pesar de lo que en los diez años siguientes á la publicación de nuestro González, ha perfeccionádose la contestación victoriosa á las objeciones anti-guadalupanas fundados en el silencio de los Sres. Zumárraga y aun Montúfar, nuestro González, con su vigoroso discurrir nos ha dejado páginas inmortales de gran valía; (16 párrafos, del 493 al 508) consagra el apologista á demostrar no sólo que ese silencio nada perjudica á la

Aparición, sino que es una prueba elocuente de ella; y esto lo hace con tan escogidos, ingeniosos y no menos naturales conceptos, que da gusto.

Respecto al silencio del Sr. Montúfar, es tan grande el acierto de nuestro campeón, que á pesar de lo mucho y muy bueno que en los diez años siguientes se ha escrito por el Sr. Vera, es de leerse íntegra esta muestra que ofrecemos del potente discurrir del Sr. González, acerca del silencio que aun todavía parece guardar el sucesor del Sr. Zumárraga.

El Sr. Montúfar «se encontraba (párr. 511) en cierto modo en las circunstancias del Sr. Zumárraga, su inmediato antecesor. Los conquistadores y encomenderos, enemigos naturales de los indios, cuya esclavitud se les escapaba ya, y de los religiosos y de los obispos defensores de los miserables conquistados, cuya autoridad y protección se les empezaba á sobreponer, no estaban aún bien domados; hasta la última hora habían intrigado é intrigaban para salir triunfantes en sus perversos designios. Prudencia era en el Sr. Montúfar, impedir que por su causa tuviesen siquiera pretextos. Además, aunque el virrey Don Luis de Velasco era una autoridad justificada y con su conducta humana para con los indios, merecía de ellos el nombre de protector y padre, los ánimos no estarían muy tranquilos todavía el año de 1556; y con razón no lo estaban respecto de la Audiencia, entre cuyos miembros tenían dicididos partidarios los conquistadores y encomenderos. Si así no fuera, ¿por qué los adulaba el predicador Bustamante, procurando ponerlos en pugna con el Arzobispo? ¿Por qué representaba uno de los testigos para que se le eximiese del exámen, manifestando ser capellán del Virrey y de la Audiencia, y fué necesario conminarle con la excomunión para que declarara? Temería provocar el enojo del virrey y de la Audiencia, declarando lo que Bustamante había predicado contra el culto de Nuestra Señora de Guadalupe.»

Al Sr. González debemos, el primero que sepamos, el dato preciosísimo de Suárez de Peralta, de que arriba hicimos mención y que se registra en nota á su párrafo 521. Gracias mil á quien ha sabido integrar con este nuevo valor el gran precio de los antiguos pasajes guadalupanos de Bernal Díaz. Lo repetimos: nuestra causa es del cielo; esta última veintena es un manantial de descubrimientos para servir á tan filial empeño.

En cuanto á las necedades del Dr. Mier, léase bien, necedades; si nuestro insigne apologista no empleó su prodigioso talento en confundir la puerilidad estudiantil de que la historia de Valeriano *pudiese ser* una comedia, lo que es llevar las cosas, por parte de ese fraile apóstata, al terreno no ya del católico tibio ó del jansenista, sino del incivil filosofastro ó jacobino, si nuestro insigne apologista, decimos, no sobresalió en saber vencer á un rídiculo estudiante, sí supo y quiso aplastar con un potente golpe de su enérgica inteligencia á esos pintores dizque *posibles* que *pudo* haber formado Pedro de Gante para 1531, y así dice nuestro campeón:

¡Pintores *muy primos!* ¡Apeles mexicanos! Sí, hiperbólico y buen Bernal Díaz: primorosísimos artistas para ser indios de los más primitivos tiempos de la conquista, que sin educación preparatoria se comenzaron á formar; pero vulgares y de tres al cuarto entre el común de los pintores que no merecen el nombre de maestros. ¡Pintores *muy primos!* ¡Un Apeles mexicano en 1531! Fray Pedro de Gante vino á México en 1524, sin saber siquiera el idioma; se ocupo luego en aprenderlo, y después y de preferencia en catequizar indios idólatras; sin dejar esta importante ocupación, establecería su obrador ó estudio; pero ¡qué obrador! sin útiles, sin modelos, y ni aun del mismo maestro se dice que fuese un Apeles ni mucho menos. Además, los franciscanos recogían niños y jovencitos, y no es posible que ya en 1531 comenzase á aparecer en todo su apogeo el arte de la pintura, representado por una generación de adolescentes que todavía el día anterior todo lo ignoraban.» (Párrafo 538.)

Algo nos hemos extendido en pagar el tributo de nuestra admiración á este grande escritor guadalupano, que ya goza de la vista del celeste original. Nos quedan dos beneméritos campeones á quienes rendir nuestras rudas alabanzas.

CAPÍTULO XIV.

J. J. Cuevas.—Su amable apología guadalupana.—Algunas muestras de ese clásico trabajo de ese Bayardo mexicano.—El indio Marcos, pintor imposible.—Juicio pericial del Sr. Cuevas en conocimiento de obras de arte.—Los tres más grandes pintores encomian la santa imagen.—Ella envejece, mas no pierde su frescura.—El Viejo Sargento, su padre y Morelos.—Héroes católicos mexicanos, y su amor á la Guadalupana.—Sublime pasaje del Sr. Cuevas.

ENTRE los muy nobles hijos, muy beneméritos, de la Santa Iglesia Mexicana, resplandece el Lic. Don José de Jesús Cuevas. Ver á ese elegante escritor, que de cuando en cuando levanta su voz autorizada de cristiano y de sabio, entre los poderosos del mundo, regocija el corazón y es de dar gracias á Dios. Aquel que en los momentos supremos de persecución ó de lucha contra la esposa del Cordero, se presenta como un Bayardo á decir siempre algo que vindique y sostenga la causa del bien, la causa del Altísimo, ha sabido hablar y muy bien, en defensa de Nuestra Reina la Guadalupana, en los días aciagos aquellos en que los apóstatas opositores de la Coronación han desplegado su procaz tiranía. Pretendieron éstos sustituir tan santa empresa con la muy exigua y profana de llevar coronas al sepulcro de uno de tantos muertos que, luego de muertos, los jacobinos llaman